



## The year of Ulysses: 2022 marks centenary of Joyce's experimental masterpiece



**Bloomsday Society:** Lectura de *Ulises, Episodio III, PROTEO*, de James Joyce

**Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid**

Miércoles, 26 de enero de 2022



## PROTEUS

Time: 11.a.m.

Location: Sandymount Strand

### 1. Ulysses (Proteus). Reader: Kate Marriage.

Ineluctable modality of the visible: at least that if no more, thought through my eyes. Signatures of all things I am here to read, seaspawn and seawrack, the nearing tide, that rusty boot. Snotgreen, bluesilver, rust: coloured signs. Limits of the diaphane. But he adds: in bodies. Then he was aware of them bodies before of them coloured. How? By knocking his sponce against them, sure. Go easy. Bald he was and a millionaire, *maestro di color che sanno*. Limit of the diaphane in. Why in? Diaphane, adiaphane. If you can put your five fingers through it it is a gate, if not a door. Shut your eyes and see.

Stephen closed his eyes to hear his boots crush crackling wrack and shells. You are walking through it howsomever. I am, a stride at a time. A very short space of time through very short times of space. Five, six: the *nacheinander*. Exactly: and that is the ineluctable modality of the audible. Open your eyes. No. Jesus! If I fell over a cliff that beetles o'er his base, fell through the *nebeneinander* ineluctably! I am getting on nicely in the dark. My ash sword hangs at my side. Tap with it: they do. My two feet in his boots are at the ends of his legs, *nebeneinander*. Sounds solid: made by the mallet of *Los Demiurgos*. Am I walking into eternity along Sandymount strand? Crush, crack, crick, crick. Wild sea money. Dominie Deasy kens them a'.

Won't you come to Sandymount,  
Madeline the mare?

Rhythm begins, you see. I hear. A catalectic tetrameter of iambs marching. No, agallop: *deline the mare*.

Open your eyes now. I will. One moment. Has all vanished since? If I open and am for ever in the black adiaphane. *Basta!* I will see if I can see.

See now. There all the time without you: and ever shall be, world without end.

They came down the steps from Leahy's terrace prudently, *Frauenzimmer*: and down the shelving shore flabbily, their splayed feet sinking in the silted sand. Like me, like Algy, coming down to our mighty mother.

Number one swung lourdily her midwife's bag, the other's gamp poked in the beach. From the liberties, out for the day. Mrs Florence MacCabe, relict of the late Patk MacCabe, deeply lamented, of Bride Street. One of her sisterhood lugged me squealing into life. Creation from nothing. What has she in the bag? A misbirth with a trailing navelcord, hushed in ruddy wool. The cords of all link back, strandentwining cable of all flesh. That is why mystic monks. Will you be as gods? Gaze in your *omphalos*. Hello. Kinch here. Put me on to Edenville. Aleph, alpha: nought, nought, one.

Spouse and helpmate of Adam Kadmon: Heva, naked Eve. She had no navel. Gaze. Belly without blemish, bulging big, a buckler of taut vellum, no, whiteheaped corn, orient and immortal, standing from everlasting to everlasting. Womb of sin.



Wombed in sin darkness I was too, made not begotten. By them, the man with my voice and my eyes and a ghostwoman with ashes on her breath. They clasped and sundered, did the coupler's will. From before the ages He willed me and now may not will me away or ever. A *lex eterna* stays about Him. Is that then the divine substance wherein Father and Son are consubstantial? Where is poor dear Arius to try conclusions? Warring his life long upon the contransmagnificandjewbangtantiarity. Illstarred heresiarch! In a Greek watercloset he breathed his last: *euthanasia*. With beaded mitre and with crozier, stalled upon his throne, widower of a widowed see, with upstuffed *omophorion*, with clotted hinderparts.

Airs romped round him, nipping and eager airs. They are coming, waves. The whitemaned seahorses, champing, brightwindbridled, the steeds of Mananaan.

## 2. Ulises (Proteo). Lectora: Ophelia Leon.

No debo olvidar su carta para la prensa. ¿Y después? El Ship, doce y media. Por cierto lleva cuidado con ese dinero como buen joven imbécil. Sí, debo hacerlo.

Aflojó la marcha. Veamos. ¿Voy a casa de tía Sara o no? La voz de mi padre consustancial. ¿Te has topado últimamente con tu hermano Stephen el artista?

¿No? ¿Seguro que no está en Strasburg Terrace con su tía Sally? ¿Es que no sabe volar más alto que eso, eh? Y y y y dime, Stephen ¿cómo está el tío Sí? ¡Ay, por Cristo bendito en lo que me he metido! Los zagales subidos en lo alto del pajar. Ese contable de pacotilla borracho y su hermano, el cometa. ¡Muy respetables gondoleros! Y el bizco de Walter tratando de señor a su padre ¡nada menos! Señor. Sí, señor. No, señor. ¡Ay, Jesús crucificado: no me extraña! ¡Por Cristo!

Tiro de la campana resollante de la casita cerrada: y espero. Me toman por un cobrador, escudriñan desde un punto estratégico.

—Es Stephen, señor.

—Déjalo entrar. Deja entrar a Stephen.

Un cerrojo que se descorre y Walter me da la bienvenida.

—Pensábamos que eras otra persona.

En su cama ancha si iyo Richie, almohadillado y envuelto en una manta, extiende sobre el montículo de sus rodillas un antebrazo membrudo. El pecho limpio. Se ha lavado la parte de arriba.

—Buenas, sobrino. Siéntate y anda.

Deja a un lado la bandeja donde garrapatea los costes para los ojos de don Dundo y de don Shapland Tandy, archivando poderes e investigaciones y un mandamiento de Duces



Tecum. Un marco de aliso sobre su cabeza calva: el Requiescat de Wilde. El zureo de su silbido equívoco hace volver a Walter.

–¿Sí, señor?

–Güisqui de malta para Richie y Stephen, díselo a madre. ¿Dónde está?

–Bañando a Crissie, señor.

La compañerita de cama de papá. Cachito de amor.

No, tío Richie ... .

–Llámame Richie. Maldita sea tu agua de litina. Te rebaja. ¡Güisqui!

–Tío Richie, de verdad ... .

–Siéntate o demontres que te tumbo.

Walter se despestaña en vano buscando una silla.

–No tiene dónde sentarse, señor.

–No tiene dónde ponerlo, bobo. Trae la silla chippendale. ¿Te gustaría comer algo? Nada de tus malditos remilgos en esta casa. ¿Una buena loncha de panceta frita con un arenque? ¿De veras? Pues tanto mejor. No hay nada en la casa salvo píldoras para los dolores de espalda.

All’erta!

Zurea compases del aria di sortita de Ferrando. El número más grandioso, Stephen, de toda la ópera. Escucha.

Su afinado silbido suena de nuevo, matizado delicadamente, con torrentes de aire, las manos tamboreando en las rodillas acolchadas.

Este viento es más dulce.

Casas de desolación, la mía, la suya y todas. Le contaste a los hijos de papá de Clongowes que tenías un tío juez y un tío general en el ejército. Apártate de ellos, Stephen. La belleza no está ahí. Ni en la estancada nave central de la biblioteca Marsh donde leíste las profecías olvidadas del abate Joaquín. ¿Para quién? La plebe centicéfala del recinto catedralicio. Un aborrecedor de su especie se alejó corriendo de ellos hacia el bosque de la locura, la melena espumante a la luna, los globos de los ojos estrellas. Houyhhihmn, caballollar. Las ovals caras equinas, Temple, Buck Mulligan, Astuto Campbell, Carichupados.



Padre abate, deán furioso ¿qué ofensa inflamó sus cerebros? ¡Plaf! Descende, calve, ut ne amplius decalveris. Una guirlanda de cabellos grises en su cabeza conminada contempladle a mí bajando a gatas hacia la grada (descende), empuñando una custodia, ojos de basilisco. ¡Bájate, cholicalvo! Un coro devuelve las amenazas y el eco asistiendo alrededor de los lados del altar, el latín gruñón de los clérigos que se mueven corpulentos dentro de sus albas, tonsurados y ungidos y capados, gordos con la flor de los granos de trigo.

Y en el mismo instante quizá un sacerdote a la vuelta de la esquina la esté elevando. ¡Tilintilín! Y dos calles más abajo otro la esté guardando en una píxide. ¡Tilintilín! Y en una capilla de Nuestra Señora otro está tomando la comunión él solo a dos carrillos. ¡Tilintilín! Abajo, arriba, al frente, atrás. Dan Occam ya pensó en eso, doctor invencible. Una brumosa mañana inglesa el trasgo hipostático le hizo cosquillas en el cerebro. Al bajar la hostia y arrodillarse oyó ligada con su segunda campana la primera campana del transepto (él está elevando la suya) y, al levantarse, oyó (ahora yo estoy elevando) sus dos campanas (se arrodilla) en floreado diptongo.

Primo Stephen, nunca serás un santo. Isla de santos. Eras tremendamente piadoso ¿no? Le pedías a la Virgen Bendita para que no se te pusiera la nariz roja. Le rezabas al diablo en Serpentine Avenue para que la viuda rechoncha de enfrente se remangara las faldas aún más por la calle mojada. ¡O sí, cierto! Vende tu alma por eso, hazlo, harapos teñidos prendidos sobre una guancha. ¡Más dime, más aún! En el segundo piso del tranvía de Howth solo gritándole a la lluvia: ¡Mujeres desnudas! ¡Mujeres desnudas! ¿Qué te parece eso, eh?

¿Qué te parece qué? ¿Para qué si no se inventaron?

Conque leyendo dos páginas de siete libros distintos cada noche ¿eh? Era joven. Te inclinabas ante ti delante del espejo, dando un paso al frente para recibir los aplausos formalmente, cara insólita. ¡Viva el maldito idiota! ¡Viva! Nadie lo vio: no se lo cuentes a nadie. Libros que ibas a escribir con letras por título. ¿Ha leído usted su F? Sí, sí, pero prefiero Q Sí, pero W es maravilloso. Sí, sí. W. ¿Recuerdas tus epifanías escritas en verdes hojas ovales, profundamente profundas, copias que habrían de ser enviadas si murieras a todas las grandes bibliotecas del mundo, incluyendo la de Alejandría? Alguien habría de leerlas allí pasados unos cuantos miles de años, un mahamanvantara. Como Pico della Mirandola. Sí, muy parecido a una ballena. Cuando uno lee estas extrañas páginas de alguien que ha desaparecido hace tiempo uno siente que uno está con uno junto a uno que una vez ... ..



### 3. Ulysses (Proteus). Reader: Lois Humphrey.

The grainy sand had gone from under his feet. His boots trod again a damp crackling mast, razorshells, squeaking pebbles, that on the unnumbered pebbles beats, wood sieved by the shipworm, lost Armada. Unwholesome sandflats waited to suck his treading soles, breathing upward sewage breath, a pocket of seaweed smouldered in seafire under a midden of man's ashes. He coasted them, walking warily. A porterbottle stood up, stogged to its waist, in the cakey sand dough. A sentinel: isle of dreadful thirst. Broken hoops on the shore; at the land a maze of dark cunning nets; farther away chalkscrawled backdoors and on the higher beach a dryingline with two crucified shirts. Ringsend: wigwams of brown steersmen and master mariners. Human shells.

He halted. I have passed the way to aunt Sara's. Am I not going there? Seems not. No-one about. He turned northeast and crossed the firmer sand towards the Pigeonhouse.

—*Qui vous a mis dans cette fichue position?*

—*C'est le pigeon, Joseph.*

Patrice, home on furlough, lapped warm milk with me in the bar MacMahon. Son of the wild goose, Kevin Egan of Paris. My father's a bird, he lapped the sweet *lait chaud* with pink young tongue, plump bunny's face. Lap, *lapin*. He hopes to win in the *gros lots*. About the nature of women he read in Michelet. But he must send me *La Vie de Jésus* by M. Léo Taxil. Lent it to his friend.

—*C'est tordant, vous savez. Moi, je suis socialiste. Je ne crois pas en l'existence de Dieu. Faut pas le dire à mon père.*

—*Il croit?*

—*Mon père, oui.*

*Schluss.* He laps.

My Latin quarter hat. God, we simply must dress the character. I want puce gloves. You were a student, weren't you? Of what in the other devil's name? Paysayenn. P. C. N., you know: *physiques, chimiques et naturelles*. Aha. Eating your groatsworth of *mou en civet*, fleshpots of Egypt, elbowed by belching cabmen. Just say in the most natural tone: when I was in Paris; *boul' Mich'*, I used to. Yes, used to carry punched tickets to prove an alibi if they arrested you for murder somewhere. Justice. On the night of the seventeenth of February 1904 the prisoner was seen by two witnesses. Other fellow did it: other me. Hat, tie, overcoat, nose. *Lui, c'est moi*. You seem to have enjoyed yourself.

Proudly walking. Whom were you trying to walk like? Forget: a dispossessed. With mother's money order, eight shillings, the banging door of the post office slammed in your face by the usher. Hunger toothache. *Encore deux minutes*. Look clock. Must get. *Fermé*. Hired dog! Shoot him to bloody bits with a bang shotgun, bits man spattered walls all brass buttons. Bits all khrrrrklak in place clack back. Not hurt? O, that's all right. Shake hands. See what I meant, see? O, that's all right. Shake a shake. O, that's all only all right.

You were going to do wonders, what? Missionary to Europe after fiery Columbanus. Fiacre and Scotus on their creepystools in heaven spilt from their pintpots, loudlatinlaughing: *Euge! Euge!* Pretending to speak broken English as you dragged your valise, porter threepence, across the slimy pier at Newhaven. *Comment?* Rich booty you brought back; *Le Tutu*, five tattered numbers of *Pantalon Blanc et Culotte Rouge*; a blue French telegram, curiosity to show:



—Mother dying come home father.

The aunt thinks you killed your mother. That's why she won't.

Then	here's	a	health	to	Mulligan's	aunt
And	I'll	tell	you	the	reason	why.
She	always	kept	things	decent	in	
The Hannigan famileye.						

His feet marched in sudden proud rhythm over the sand furrows, along by the boulders of the south wall. He stared at them proudly, piled stone mammoth skulls. Gold light on sea, on sand, on boulders. The sun is there, the slender trees, the lemon houses.

Paris rawly waking, crude sunlight on her lemon streets. Moist pith of farls of bread, the froggreen wormwood, her matin incense, court the air. Belluomo rises from the bed of his wife's lover's wife, the kerchiefed housewife is astir, a saucer of acetic acid in her hand. In Rodot's Yvonne and Madeleine newmake their tumbled beauties, shattering with gold teeth *chaussons* of pastry, their mouths yellowed with the *pus* of *flan bréton*. Faces of Paris men go by, their wellpleased pleasers, curled conquistadores.

Noon slumbers. Kevin Egan rolls gunpowder cigarettes through fingers smeared with printer's ink, sipping his green fairy as Patrice his white. About us gobblers fork spiced beans down their gullets. *Un demi sétier!* A jet of coffee steam from the burnished caldron. She serves me at his beck. *Il est irlandais. Hollandais? Non fromage. Deux irlandais, nous, Irlande, vous savez ah, oui!* She thought you wanted a cheese *hollandais*. Your postprandial, do you know that word? Postprandial. There was a fellow I knew once in Barcelona, queer fellow, used to call it his postprandial. Well: *slainte!* Around the slabbed tables the tangle of wined breaths and grumbling gorges. His breath hangs over our saucestained plates, the green fairy's fang thrusting between his lips. Of Ireland, the Dalcassians, of hopes, conspiracies, of Arthur Griffith now, A E, pimander, good shepherd of men. To yoke me as his yokefellow, our crimes our common cause. You're your father's son. I know the voice. His fustian shirt, sanguineflowered, trembles its Spanish tassels at his secrets. M. Drumont, famous journalist, Drumont, know what he called queen Victoria? Old hag with the yellow teeth. *Vielle ogresse* with the *dents jaunes*. Maud Gonne, beautiful woman, *La Patrie*, M. Millevoye, Félix Faure, know how he died? Licentious men. The froeken, *bonne à tout faire*, who rubs male nakedness in the bath at Upsala. *Moi faire*, she said, *Tous les messieurs*. Not this *Monsieur*, I said. Most licentious custom. Bath a most private thing. I wouldn't let my brother, not even my own brother, most lascivious thing. Green eyes, I see you. Fang, I feel. Lascivious people.

The blue fuse burns deadly between hands and burns clear. Loose tobaccoshreds catch fire: a flame and acrid smoke light our corner. Raw facebones under his peep of day boy's hat. How the head centre got away, authentic version. Got up as a young bride, man, veil, orangeblossoms, drove out the road to Malahide. Did, faith. Of lost leaders, the betrayed, wild escapes. Disguises, clutched at, gone, not here.

Spurned lover. I was a strapping young gossoon at that time, I tell you. I'll show you my likeness one day. I was, faith. Lover, for her love he prowled with colonel Richard Burke, tanist of his sept, under the walls of Clerkenwell and, crouching, saw a flame of vengeance hurl them upward in the fog. Shattered glass and toppling masonry. In gay Paree he hides, Egan of Paris, unsought by any save by me. Making his day's stations, the dingy printingcase, his three taverns, the Montmartre lair he sleeps short night in, rue de la Goutte-d'Or, damascened with flyblown faces of the gone. Loveless, landless, wifeless. She is quite nicey comfy without her





outcast man, madame in rue Gît-le-Cœur, canary and two buck lodgers. Peachy cheeks, a zebra skirt, frisky as a young thing's. Spurned and undespairing. Tell Pat you saw me, won't you? I wanted to get poor Pat a job one time. *Mon fils*, soldier of France. I taught him to sing *The boys of Kilkenny are stout roaring blades*. Know that old lay? I taught Patrice that. Old Kilkenny: saint Canice, Strongbow's castle on the Nore. Goes like this. *O, O*. He takes me, Napper Tandy, by the hand.

O, O the boys of  
Kilkenny...

Weak wasting hand on mine. They have forgotten Kevin Egan, not he them. Remembering thee, O Sion.

#### 4. **Ulises (Proteo). Lectora: Pilar Pastor.**

Débil mano macilenta sobre la mía. Han olvidado a Kevin Egan, no él a ellos. Recordándoos, Oh Sión.

Se había acercado a la orilla del mar y la arena mojada le azotaba las botas. El aire fresco le daba la bienvenida, pulsando cuerdas salvajes, viento de aire salvaje de semillas de claridad. Vaya, no me dirijo al barcofaro de Kish ¿no es así? Se paró repentinamente, los pies empezando a hundirse lentamente en la tierra palpitante. Vuelve.

Volviéndose, pasó la vista por la orilla al sur, los pies hundiéndose de nuevo lentamente en nuevos hoyos. La fría estancia abovedada de la torre espera. Por entre las saeteras los haces de luz se mueven por siempre, lentamente por siempre mientras los pies se me hunden, arrastrándose hacia el anochecer por el suelo esférico. Oscurecer azul, caída de la noche, noche de azul profundo. En la oscuridad de la bóveda esperan, sus sillas ladeadas, mi maleta obelisco, junto a una mesa de platos abandonados. ¿Quién la quita? Él tiene la llave. No dormiré allí cuando llegue la noche. Puerta cerrada de una torre en silencio, que entierra sus cuerpos ciegos, el sahibpantera y su perro de muestra. Llama: nadie contesta. Sacó los pies de la succión y se volvió por la mole de cantos. Toma todo, guarda todo. Mi alma camina conmigo, forma de formas. Así pues en las vigilias de la medianoche de luna recorro el sendero sobre las rocas, en plateado oscuro, escuchando la incitadora pleamar de Elsinore.

La pleamar me sigue. La veo subir desde aquí. Regresa entonces por el camino de Poolbeg hasta la playa allí. Trepó por los juncos y algas anguiformes y se sentó sobre un poyete de roca, apoyando la vara de fresno en una hendidura.

El cadáver hinchado de un perro yacía recostado en el fuco. Ante él la regala de una barca hundida en la arena. Un coche ensablé llamaba Louis Veuillot a la prosa de Gautier. Estas arenas pesadas son lenguaje que la marea y el viento han encenagado aquí. Y estos, los montones de piedra de constructores muertos, un conejar de comadreja. Esconde oro ahí. Inténtalo. Algo tienes. Arenas y piedras. Pesadas del pasado. Los juguetes de Sir Lout. Cuidado que no te den para el pelo. Soy el muy jodido gigante que arrastra todos aquesos jodidos cantizales, huesos para usarlos como mi pasadero. Jojojó. Juelo a carne de jirlandé.





Un punto, perro vivo, fue tomando forma a lo lejos corriendo a todo lo ancho de la arena. Dios ¿me va a atacar? Respeta su libertad. No serás el dueño de otros ni tampoco su esclavo. Tengo el palo. Atento. Más lejos, andando hacia la playa desde la marea encrespada, figuras, dos. Las dos marías. Lo han escondido bien entre la anea. Cucu trás. Te veo. No, el perro. Vuelve corriendo hacia ellas. ¿Quién?

Las galeras de los Lochlanns se lanzaban aquí a varar, en busca de rapiña, las sanguinolentas proas picudas cabalgando la resaca sobre olas de peltre fundido. Daneses vilángos, torces de hachas relucientes sobre el pecho cuando Malachi ciñó el collar de oro. Un banco de balénidos embancados en el caluroso mediodía, espurreando, renqueando en los bajíos.

Entonces desde la hambrienta ciudad alcahaz una horda de enanos en jubones, mi gente, con cuchillos para desollar, corriendo, descamando, troceando en pedazos la grasienta carne verde de ballena. Hambre, peste y mortandad. Su sangre la llevo en mí, sus lujurias mis olas. Yo anduve entre ellos en el helado Liffey, ese yo, un cambiado por otro, entre las fogatas de resina chispeantes. No hablé con nadie: nadie me habló a mí.

El ladrido del perro corrió hacia él, se paró, corrió de vuelta. Perro de mi enemigo. Simplemente me quedé de pie, pálido, en silencio, acosado por los ladridos. Tenibilia meditans. Un jubón lila, sota de la fortuna, sonrió al verme con miedo. ¿Por eso suspiras, por el ladrido del aplauso de ellos? Aspirantes: vive sus vidas. El hermano de The Bruce, Thomas Fitzgerald, sedoso caballero, Perkin Warbeck, falso vástago de York, con calzones de seda marfil rosado, maravilla de un día, y Lambert Simnel, con una cola de mozcarras y mochileros, un freganchín coronado. Todos hijos de reyes. Paraíso de aspirantes entonces y ahora. Él salvó a gente de ahogarse y tú tiemblas ante los gañidos de un chucho. Pero los cortesanos que se burlaban de Guido en Or san Michele estaban en sus propias casas. Casa de ... No queremos nada con tus abstrusidades medievales. ¿Harías tú lo que él hizo? Habría un barco cerca, una guindola. Natürlich, colocado allí para ti. ¿Lo harías o no? El hombre que se ahogó hace nueve días frente al peñón de la Doncella. Están esperándole ahora. La verdad, escúpela. Me gustaría hacerlo. Lo intentaría. No soy un buen nadador. El agua fría suave. Cuando metía la cara en ella en la palangana en Clongowes. ¡No veo! ¿Quién está detrás de mí? ¡Afuera ligero, ligero! ¿Ves la marea subiendo ligera por todas partes, tapizando las arenas bajas ligeramente, colorcortezacacao? Si tuviera tierra bajo mis pies. Quiero que su vida siga siendo suya, la mía que sea mía. Un hombre ahogándose. Sus ojos humanos me chillan desde el horror de su muerte. Yo ... Con él juntos hacia abajo ... . No podía salvarla. Aguas: muerte amarga: perdida.

Una mujer y un hombre. Veo sus faldas. Arremangadas, me apuesto.

El perro de ellos amblaba por un banco de arena que se achicaba, trotando, husmeando por todas partes. Buscando algo perdido en una vida anterior. Repentinamente salió corriendo como una liebre saltarina, las orejas echadas atrás, persiguiendo la sombra de una gaviota en vuelo raso. El silbido agudo del hombre llegó a sus orejas lacias. Se volvió, regresó saltando, se acercó, trotó sobre sus patas resplandecientes. En un campo de gules un cheurón, pasante, al natural, descomado. En la blonda del agua se detuvo con patas delanteras tiesas, orejas apuntando al mar. El hocico alzado ladraba al ruido del mar, bandadas de morsas marinas. Serpenteaban hasta sus patas, rizándose, desenredando muchas crestas, cada nueve, rompiéndose, salpicando, desde lejos, desde aún más lejos, olas y olas.



Mariscadores. Se metieron un poco en el agua y, agachándose, sumergieron los sacos y, sacándolos de nuevo, se salieron del agua. El perro gañía corriendo hacia ellos, se levantaba de patas y manoteaba, poniéndose a cuatro patas, de nuevo se levantaba de patas ante ellos con muda sumisión osuna. Ignorado se mantuvo al lado de ellos según se acercaban a la arena más seca, un harapo de lengua de lobo rojirresoplante en sus fauces. Su cuerpo moteado amblaba delante de ellos y luego se alejó a saltos con galope de ternero. El cadáver yacía en su camino. Se paró, husmeó, zangoloteó alrededor, hermano, olfateando más cerca, dio una vuelta alrededor, olisqueando rápidamente como un perro toda la pingado pelleja del perro muerto. Cráneo perruno, husmeo perruno, los ojos en el suelo, se dirige a una gran meta. ¡Ay, pobre chucho infeliz! Aquí yacen los despojos de un pobre chucho infeliz.

–¡Pingajos! ¡Fuera de ahí, chucho!

El grito le trajo arrastrando de vuelta a su amo y un brusco puntapié lo mandó ileso al otro lado de una lengua de arena, encogido en la huida. Se volvió cabizbajo en escorzo. No me ve. A lo largo del borde del malecón caminó torpemente, remoloneó, olió una roca y levantando una pata trasera ladeada orinó contra ella. Trotó hacia delante y, levantando de nuevo la pata trasera, orinó breve y rápido contra una roca no olida. Los sencillos placeres del pobre. Sus pezuñas traseras entonces esparcieron la arena: después sus pezuñas delanteras chapotearon y cavaron. Algo que enterrara allí, su abuela. Hozó en la arena, chapoteando, cavando y se paró a escuchar el aire, arañó la arena de nuevo con la furia de sus garras, cesando pronto, leopardo, pantera, engendrado en engaño matrimonial, carroñando muertos.

Después de que me despertara él anoche el mismo sueño Zo no lo era? Espera. Vestíbulo abierto. Calle de rameras. Recuerda. Hanín al–Raschid. Barrúntolo. Ese hombre me llevó, habló. Yo no tenía miedo. El melón que tenía me lo sostuvo contra la cara. Sonrió: tufillo a finta cremosa. Esa era la regla, dijo. Dentro. Ven. Alfombra roja extendida. Ya verás quién.

Con los sacos al hombro caminaban penosamente, los rojos egipcios. Los amoratados pies de él salían de unos pantalones remangados y chapaleaban en la arena fría y húmeda, una bufanda color ladrillo apagado le estrangulaba el cuello desafeitado.

Con pasos de mujer seguía ella: el rufián y su hembra pendanga. Botín colgado a la espalda. Arena suelta y cascajo de conchas encostraban los pies desnudos de ella. Por la cara ventoagrietada le caía el cabello. Tras su señor, su compañera, montón de desechos camino de la urbe. Cuando la noche oculta los defectos de su cuerpo reclama dentro de su chal marrón desde una arcada donde los perros se han cagado. Su chulapo invita a dos Fusderos del Real de Dublín en casa O'Loughlin en Blackpitts. Bésala, tíratela en jerga de pícaros, porque ¡Ay, mi linda gachona amorosa! Blancura satánica bajo sus rancios harapos. En Fumbally's Lane aquella noche: los tufos de la curtiduría.

Blancas tus manos, roja tu boca  
y tu cuerpo es delicado.  
Ven conmigo a la alcoba.  
En la noche beso y abrazo.

Morosa delectación llama el Aquino barrigón a esto, frote porcospino. Adán sin mancha cabalgaba sin brama. Llámale déjale: tu cuerpo es delicado. Lengua ni chispa peor que la suya.



Palabras frailunas, chirlería de rosarios marianos en sus cordones: picardías, pepitas que se entrechocan en sus bolsillos.

Pasan ahora.

##### 5. Ulysses (Proteo). Reader: Mal Muphy.

A side eye at my Hamlet hat. If I were suddenly naked here as I sit? I am not. Across the sands of all the world, followed by the sun's flaming sword, to the west, trekking to evening lands. She trudges, schlepps, trains, drags, trascines her load. A tide westering, moondrawn, in her wake. Tides, myriadislanded, within her, blood not mine, *oinopa ponton*, a winedark sea. Behold the handmaid of the moon. In sleep the wet sign calls her hour, bids her rise. Bridebed, childbed, bed of death, ghostcandled. *Omnis caro ad te veniet*. He comes, pale vampire, through storm his eyes, his bat sails bloodying the sea, mouth to her mouth's kiss.

Here. Put a pin in that chap, will you? My tablets. Mouth to her kiss. No. Must be two of em. Glue em well. Mouth to her mouth's kiss.

His lips lipped and mouthed fleshless lips of air: mouth to her moomb. Oomb, allwombing tomb. His mouth moulded issuing breath, unspeched: ooeeah: roar of cataractic planets, globed, blazing, roaring wayawayawayawayaway. Paper. The banknotes, blast them. Old Deasy's letter. Here. Thanking you for the hospitality tear the blank end off. Turning his back to the sun he bent over far to a table of rock and scribbled words. That's twice I forgot to take slips from the library counter.

His shadow lay over the rocks as he bent, ending. Why not endless till the farthest star? Darkly they are there behind this light, darkness shining in the brightness, delta of Cassiopeia, worlds. Me sits there with his augur's rod of ash, in borrowed sandals, by day beside a livid sea, unbeheld, in violet night walking beneath a reign of uncouth stars. I throw this ended shadow from me, manshape ineluctable, call it back. Endless, would it be mine, form of my form? Who watches me here? Who ever anywhere will read these written words? Signs on a white field. Somewhere to someone in your flutiest voice. The good bishop of Cloyne took the veil of the temple out of his shovel hat: veil of space with coloured emblems hatched on its field. Hold hard. Coloured on a flat: yes, that's right. Flat I see, then think distance, near, far, flat I see, east, back. Ah, see now! Falls back suddenly, frozen in stereoscope. Click does the trick. You find my words dark. Darkness is in our souls do you not think? Flutier. Our souls, shamewounded by our sins, cling to us yet more, a woman to her lover clinging, the more the more.

She trusts me, her hand gentle, the longlashed eyes. Now where the blue hell am I bringing her beyond the veil? Into the ineluctable modality of the ineluctable visuality. She, she, she. What she? The virgin at Hodges Figgis' window on Monday looking in for one of the alphabet books you were going to write. Keen glance you gave her. Wrist through the braided jesse of her sunshade. She lives in Leeson park with a grief and kickshaws, a lady of letters. Talk that to someone else, Stevie: a pickmeup. Bet she wears those curse of God stays suspenders and yellow stockings, darned with lumpy wool. Talk about apple dumplings, *piuttosto*. Where are your wits?

Touch me. Soft eyes. Soft soft soft hand. I am lonely here. O, touch me soon, now. What is that word known to all men? I am quiet here alone. Sad too. Touch, touch me.



## 6. Ulysses (Proteo). Reader: David Butler.

He lay back at full stretch over the sharp rocks, cramming the scribbled note and pencil into a pocket, his hat tilted down on his eyes. That is Kevin Egan's movement I made, nodding for his nap, sabbath sleep. *Et vidit Deus. Et erant valde bona.* Alo! *Bonjour.* Welcome as the flowers in May. Under its leaf he watched through peacocktwittering lashes the southing sun. I am caught in this burning scene. Pan's hour, the faunal noon. Among gumheavy serpentplants, milkoozing fruits, where on the tawny waters leaves lie wide. Pain is far.

And no more turn aside and brood.

His gaze brooded on his broadtoed boots, a buck's castoffs, *nebeneinander*. He counted the creases of rucked leather wherein another's foot had nested warm. The foot that beat the ground in tripudium, foot I dislove. But you were delighted when Esther Osvalt's shoe went on you: girl I knew in Paris. *Tiens, quel petit pied!* Staunch friend, a brother soul: Wilde's love that dare not speak its name. His arm: Cranly's arm. He now will leave me. And the blame? As I am. As I am. All or not at all.

In long lassoes from the Cock lake the water flowed full, covering greengoldenly lagoons of sand, rising, flowing. My ashplant will float away. I shall wait. No, they will pass on, passing, chafing against the low rocks, swirling, passing. Better get this job over quick. Listen: a fourworded wavespeech: seesoo, hrss, rsseeiss, oos. Vehement breath of waters amid seasnakes, rearing horses, rocks. In cups of rocks it slops: flop, slop, slap: bounded in barrels. And, spent, its speech ceases. It flows purling, widely flowing, floating foampool, flower unfurling.

Under the upswelling tide he saw the writhing weeds lift languidly and sway reluctant arms, hising up their petticoats, in whispering water swaying and upturning coy silver fronds. Day by day: night by night: lifted, flooded and let fall. Lord, they are weary; and, whispered to, they sigh. Saint Ambrose heard it, sigh of leaves and waves, waiting, awaiting the fullness of their times, *diebus ac noctibus iniurias patiens ingemiscit*. To no end gathered; vainly then released, forthflowing, wending back: loom of the moon. Weary too in sight of lovers, lascivious men, a naked woman shining in her courts, she draws a toil of waters.

Five fathoms out there. Full fathom five thy father lies. At one, he said. Found drowned. High water at Dublin bar. Driving before it a loose drift of rubble, fanshoals of fishes, silly shells. A corpse rising saltwhite from the undertow, bobbing a pace a pace a porpoise landward. There he is. Hook it quick. Pull. Sunk though he be beneath the watery floor. We have him. Easy now.

Bag of corpse gas sopping in foul brine. A quiver of minnows, fat of a spongy titbit, flash through the slits of his buttoned trouserfly. God becomes man becomes fish becomes barnacle goose becomes featherbed mountain. Dead breaths I living breathe, tread dead dust, devour a urinous offal from all dead. Hauled stark over the gunwale he breathes upward the stench of his green grave, his leprous nosehole snoring to the sun.

A seachange this, brown eyes saltblue. Seadeath, mildest of all deaths known to man. Old Father Ocean. *Prix de Paris*: beware of imitations. Just you give it a fair trial. We enjoyed ourselves immensely.



Come. I thirst. Clouding over. No black clouds anywhere, are there? Thunderstorm. Allbright he falls, proud lightning of the intellect, *Lucifer, dico, qui nescit occasum*. No. My cockle hat and staff and hismy sandal shoon. Where? To evening lands. Evening will find itself.

He took the hilt of his ashplant, lunging with it softly, dallying still. Yes, evening will find itself in me, without me. All days make their end. By the way next when is it Tuesday will be the longest day. Of all the glad new year, mother, the rum tum tiddledy tum. Lawn Tennyson, gentleman poet. *Già*. For the old hag with the yellow teeth. And Monsieur Drumont, gentleman journalist. *Già*. My teeth are very bad. Why, I wonder. Feel. That one is going too. Shells. Ought I go to a dentist, I wonder, with that money? That one. This. Toothless Kinch, the superman. Why is that, I wonder, or does it mean something perhaps?

My handkerchief. He threw it. I remember. Did I not take it up?

His hand groped vainly in his pockets. No, I didn't. Better buy one.

He laid the dry snot picked from his nostril on a ledge of rock, carefully. For the rest let look who will.

Behind. Perhaps there is someone.

He turned his face over a shoulder, rere regardant. Moving through the air high spars of a threemaster, her sails brailed up on the crosstrees, homing, upstream, silently moving, a silent ship.